

EL PERISCOPIO

Carmen Tomás



CARIDAD OBLIGATORIA

LA última decisión del Gobierno en materia de vivienda vuelve a evidenciar una peligrosa mezcla de ideología y desconocimiento de la realidad del mercado. La prórroga por un año más de la prohibición de desahuciar a personas consideradas vulnerables convierte, de facto, a los propietarios en almas de la caridad forzosa. Una decisión que, además, se adopta con el apoyo de los bilduetarras, lo que añade un componente ideológico que nada tiene que ver con la búsqueda de soluciones eficaces. El Ejecutivo vuelve a equivocarse al delegar en los ciudadanos una responsabilidad que corresponde al Estado. La protección de los más vulnerables no puede basarse en obligar a terceros a asumir pérdidas económicas indefinidas, ni en vulnerar el derecho a la propiedad privada. La caridad, cuando es obligatoria, deja de ser caridad para convertirse en abuso. Lo más grave es que el Gobierno parece no darse cuenta -o quizá sí- de que este tipo de medidas expulsan del mercado del alquiler precisamente a las personas que dice proteger. Ante la inseguridad jurídica, muchos propietarios optan por retirar sus viviendas del alquiler, venderlas o destinarlas a otros usos. El resultado es menos oferta y precios más altos. La "inquietud", al igual que la ocupación ilegal, es un problema real. Negarlo no lo hace desaparecer. Miles de viviendas han salido ya del mercado por el miedo a impagos prolongados o a destrozos que nadie compensa. Cada vivienda que se pierde es un empujón más al alza de los precios y una barrera añadida para quienes buscan un hogar. El Gobierno insiste en recetas que ya han demostrado su fracaso y hasta Bruselas lo ha advertido recientemente. La solución es conocida, aunque políticamente parece incómoda para algunos. Hay que construir más, liberar suelo, agilizar licencias, reducir la asfixiante burocracia y ofrecer seguridad jurídica a propietarios e inversores. Sin confianza, no hay mercado; sin mercado, no hay viviendas. La política de vivienda no puede basarse en consignas ni en castigar a quien cumple la ley. Mientras el Gobierno siga confundiendo intervención con solución, el acceso a la vivienda seguirá siendo uno de los grandes fracasos de las legislaturas de Pedro Sánchez. Y los perjudicados, como siempre, serán los ciudadanos.

EN CLAVE DE HUMOR

Ramón



LA VENTANA

Chapu Apaolaza



UN NIÑO

ENVUELTO entre los lazos de la Navidad, la prisa y las luces, de pronto se aparece un niño, un niño perdido entre la gente y el ruido, uno que está fuera del tiempo y del espacio. Un niño viene a nacer en el frío de la noche, que es la intemperie a la que fuimos arrojados, y se aparece en un portal entre los animales ajenos a la urgencia de los padres. Lloro en brazos de una madre niña y sobre una cuna que es un pesebrillo, desnudo entre la paja y las estrellas en esa inquietud a la que llamamos Nochebuena. Un niño entre la indiferencia, las bombas, los ataúdes y los enemigos de la vida que ya lo buscan para matarlo, para que no viva. Somos, como él, criaturas frágiles que necesitan, para sobrevivir, a su padre y a su madre, tan lejos de la independencia de los todopoderosos, la libertad mal entendida, de la capacidad ansiada hasta la locura de hacer lo que a uno le venga en gana. Somos la voluntad de aceptar lo que tenemos y de amarlo, porque esta noche no hay elección, no hay sitio en la posada y nadie cede el asiento a María embarazada. Podría haber nacido en el palacio suntuoso de un rey, una morada de oro y de nácar. Podría haberse aparecido en una nave en mitad de la noche. Podría haber elegido encarnarse en un ser indestructible que bebe del poder de la fuerza, pero el espacio que acepta es aquel en el que vibra la naturaleza del hombre y su corazón humilde, pequeño y sucio como el portal. De un lado, lo limitan muchos condicionantes: dos padres asustados, el temor del que viaja, y una vida con fecha de caducidad, pues la sagrada cuna está hecha de la misma madera que la cruz del Gólgota. Los Reyes ya traen la mirra de embalsamar, que es el sufrimiento al que Dios se arroja voluntariamente para venir a nuestro encuentro. De otra parte, anida en él el anhelo infinito del amor y la entrega sin medida, sin final y sin escala conocida. La estrella nos guía hacia el pequeño, el frágil, el perseguido y el pobre, el niño que se aparece de pronto, y ante el que nos arrodillamos esta noche en señal de amor y reverencia. Que no se olvide. Feliz Navidad a todos.

Navidad con sabor y alma

El verdadero significado de la Navidad no está en lo externo, sino en la coherencia entre lo que se celebra y lo que se vive

EN vísperas de la Navidad, cuando la agenda se acelera y el espacio público se llena de luces y mensajes, conviene detenerse un momento para reflexionar sobre el sentido de estas fechas. Más allá de tradiciones, celebraciones familiares o actividad comercial, la Navidad encierra un significado que no debería quedar diluido entre el ruido y la prisa. Su sentido es otro y conviene recordarlo.

El 25 de diciembre no es una fecha cualquiera. Es la celebración del nacimiento del Niño Dios, un acontecimiento que ha marcado la historia y ha influido de manera decisiva en la cultura, los valores y la forma de entender la dignidad humana. En el pesebre de Belén se proclama un mensaje claro: la grandeza no está en el poder, sino en la sencillez; la esperanza no nace del ruido, sino del silencio; y el compromiso con el otro empieza por lo cercano.

La Navidad tiene un alma, un rostro concreto. El del Niño Dios, el de María y José, y el de los Reyes Magos que buscan, reconocen y ofrecen. Cuando ese rostro se oculta o se elimina deliberadamente, cuando ocultamos el pesebre, cuando borramos su origen, la Navidad pierde su significado y se convierte en una celebración vacía, reducida a un conjunto de hábitos sociales sin contenido. Quitarle el rostro, y sobre todo el alma, a la Navidad es privarla de su significado original. No se trata de rechazar tradiciones ni de cuestionar el legítimo deseo de celebrar. Tampoco de imponer creencias. Se trata de no confundir lo accesorio con lo esencial. El problema no son las luces ni los regalos, sino olvidar por qué existen. Cuando la forma sustituye al fondo, la celebración pierde su capacidad de interpelar y de aportar algo valioso a la convivencia.

Con el paso del tiempo, el mensaje central ha ido quedando en un segundo plano. Se habla más de sorteos, menús y compras que de fe, familia o reconciliación. La celebración se ha desplazado del interior al escaparate. Pero la Navidad no se com-

pra ni se improvisa: se vive. Y se mide menos por lo que se gasta, que por lo que se comparte.

En su esencia, la Navidad remite a valores profundamente humanos: generosidad, humildad, perdón, compasión. Valores que no pertenecen únicamente al ámbito religioso, sino que forman parte del sustrato ético que ha sostenido durante siglos a nuestra sociedad. En un contexto marcado por la prisa, la polarización y el individualismo, conviene reivindicarlos. La familia vuelve a ocupar un lugar central. Es espacio de encuentro, de memoria y de descanso. Porque también eso es

parte del sabor de la Navidad: la nostalgia dulce de los ausentes, el recuerdo de los que nos enseñaron a amar y a crear.

La familia se convierte, una vez más, en el corazón de estas fiestas. Es el lugar donde el tiempo se detiene y el alma descansa. El hogar huele a guiso, a risas, a cariño. A la vez, es momento de abrir la puerta a quienes están solos, de ofrecer compañía, de hacer de la bondad un gesto cotidiano. Conviene recordar, ade-

más, que la Navidad no termina el 25 de diciembre. Su sentido se prolonga en la vida cotidiana: en la responsabilidad personal, en el respeto mutuo, en la atención a los más vulnerables y en el compromiso con el bien común. Que lo que se celebra estos días tenga continuidad el resto del año.

Porque el verdadero significado de la Navidad no está en lo externo, sino en la coherencia entre lo que se celebra y lo que se vive. En los gestos sencillos, en las decisiones justas y en valores que no deberían ser estacionales. Felicitemos la Navidad, con sabor a fe, a hogar y a esperanza, y con el rostro auténtico del Niño Dios que da sentido a todo.

Eradio Ezpeleta Iturralde. Criminólogo.

Eradio Ezpeleta

